

De actualidad

Régimen de represalia

Continúan las quejas por la desorganización del servicio de Correos, y continúa, y según parece, continuará esa desorganización, que es un desorden. Pero éste y otros análogos desórdenes administrativos no les importa a los defensores del otro orden, del orden ese del principio de autoridad, sin consideración al fin de ésta, del orden de cementerio civil que se persigue en este calamitoso Estado-Policía.

Y ahora vamos a contar un caso. Un día, no hace mucho, se fijó en la picota del pasaje de la calle de Alcalá, llamado también "puente de los suspiros" una lista de veintiún ex oficiales de Correos a los que se les llamaba a que presentasen al día siguiente, a las doce, en el Palacio de Comunicaciones—¡Palacio había de ser!—a tomar posesión de sus nuevos destinos en la Central de Correos. Los llamados oficiales del disuelto Cuerpo habitaban en Valencia, circunstancia que se hacía constar ¡con lápiz! en la lista. A unos residentes en Valencia se les llamaba en Madrid, sin habérseles comunicado de otro modo la llamada. Enteráronse los llamados por los ambulantes que fueron a Valencia, acudieron al gobernador civil de esta ciudad—un ex socialista—; comprendió éste toda la enormidad de la vil treta gubernativa; consultó el caso con Madrid, y el ministro, sintiéndose magnánimo, concedió un nuevo plazo de veinticuatro horas para la toma de posesión. Pidieron los reos—que como a tales les trata el Gobierno policíaco—que se les facilitara pase para el viaje, ya que ni habían cobrado los haberes que aún se les adeudaba, no se accedió a ello, y tomando sus billetes de tercera, se fueron al destierro de la corte. En ésta se les destinó a viajar por la línea del Norte, lo más lejos posible de donde tienen sus ajuares y familias.

Este sencillo relato apenas si necesita comentario. Como no sea recordar lo que de la "caridad" que debía ejercerse con los sometidos dijo, a raíz de acabar la huelga, uno de los consejeros de la Corona. Hoy nos repercute ese término de "caridad" con un cierto retintín sarcástico. Y todo el procedimiento que con los oficiales que fueron del todavía disuelto Cuerpo de Correos se sigue se nos aparece como el más sintomático de la mala sangre del conservadurismo idóneo. En los inermes y vencidos ex oficiales de Correos se desquita este Gobierno policíaco de las humillaciones

y menoscabos que tiene que soportar de parte de otros poderes.

Y por ello, por esa conducta que debemos renunciar a calificar, le aplauden los que, presos del terror lívido, soñando con no sabemos qué catástrofes, llevan a España al descabro por supeditar el verdadero orden, el orden de las funciones técnicamente bien ordenadas a ese otro orden abstracto y casi místico que han erigido como un "tabú" los conservadores de lo que no es suyo.

Este es un Estado de represión y de represalia; pero sin justicia. La función suprema de Estado es reprimir, o aún mejor represar. Hasta que reviente la representa. ¡Palo, palo y palo! Nuestros sedicentes conservadores no creen en otra cosa. Es una nueva Inquisición, pero sin rebozo religioso ya. Nuestros conservadores no creen ya en la religión. Y en la instrucción, menos.

Se despueblan los seminarios y empiezan a despoblarse las escuelas normales. Los que habían de ser sacerdotes o maestros se van a la Guardia civil—el Cuerpo más mimado y más privilegiado y con más fueros, algunos de ellos injustos—, al Cuerpo de Seguridad, al de Policía, al de Penales. Si le fuera posible volvería el reino a que fuesen los Municipios los que se pagasen sus maestros para aliviar al Estado de esa carga y poder dedicar más cuidado y más caudales a reforzar los institutos de represión, los institutos armados. Hemos oído a más de un hombre de orden—lo que no quiere decir ordenado—repetir que no es problema lo del analfabetismo y que lo que hace falta no es crear nuevas escuelas, sino nuevos puestos de la Guardia civil y de Policía.

Y en cuanto a este lamentable Gobierno idóneo, sintiéndose débil, debilísimo, menoscabado, deprimido, quiere dar cierta sensación de autoridad ensañándose con los sometidos oficiales de Correos. A la vez que el presidente satisface así su saña idónea.

La desorganización seguirá, y no sólo en Correos. Se pretende ir restableciendo el viejo sistema del arbitrio ministerial; se trata de volver a tener a los funcionarios públicos a merced de los gobernantes, y si fuera posible como interinos todos. Es como nuestros políticos de la vieja tradición se vengan de su interinidad esencial. Y el reino mismo de España, hasta que se consuma su descabro, es un reino interino.